Arzobispo
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

Solemnidad de Nuestra Señora de san Lorenzo 2004

Solemnidad de Nuestra Señora de san Lorenzo 2004

8 de septiembre de 2004

Una fiesta como la de Nuestra Señora de san Lorenzo nos llena de gozo: es nuestra Patrona, bajo esa advocación, y su imagen pequeña ocupa un lugar en muchísimos vallisoletanos; es ocasión propicia para vernos y sentirnos en la Iglesia madre de Valladolid, después que han pasado los meses de julio y agosto; pero sobre todo porque es fiesta de nuestra Señora, en ambiente de familia, que nos da un empujón para volver a nuestras actividades normales de la mayoría de nosotros. Como Iglesia de Valladolid pronto comenzaremos el nuevo curso pastoral, en el que estrenaremos nuevo Plan Pastoral Diocesano, que ya ponemos a la intercesión poderosa de María, la Madre del Señor.

La Misa que celebramos corresponde a la fiesta de la Natividad de la Virgen en el hogar de sus padres, una familia de verdaderos israelitas que acogen a María como bendición del Señor, en realidad como tantos padres que, al nacerles un hijo, miran la futuro con confianza y cuidado pensando qué será de ese hijo o hija, qué mundo le espera, qué condiciones existen para la crianza. En el caso de María, ¡cuántas esperanzas y alegrías para Joaquín y Ana!

La fiesta de hoy, en efecto, toca de lleno temas muy queridos por nuestro Señor, que Él ha revelado a los seres humanos, que se refieren al hombre y a la mujer, al padre y a la madre, a los hijos y a la familia. Impresiona ver la enorme literatura que el Santo Padre ha dedicado a estos temas, señal inequívoca de su importancia para la vida de la humanidad en estos inicios del nuevo milenio.

tural, llamada ”género”, se eleva la máximo y se considera primaria y primera. El problema está en que, al oscurecerse la diferencia de los sexos, se producen enormes diferencias de diverso tipo: se cuestiona la familia por estar compuesta de padre y madre con sus hijos; se equipara la homosexualidad a la heterosexualidad; se intenta que la persona se libere de condicionamientos biológicos masculinos o femeninos, pues toda persona podría o debería configurarse hombre o mujer según sus propios deseos y elección.

El problema está en que, desde esta perspectiva, la Iglesia y la Sagrada Escritura son tachadas de tener una concepción patriarcal de Dios, alimentada por una cultura esencialmente machista. También tal tendencia consideraría sin importancia el hecho de que el Hijo de Dios haya asumido la naturaleza humana en su forma masculina.

La antropología cristiana va por otro camino, y por eso recibe todo tipo de vituperios y de tener ideas trasnochadas. El problema no es que seamos tachados de ésta o aquélla tendencia anticuada, claro está, sino que se impide que las jóvenes generaciones acepten el mensaje de Jesucristo y la vida del Señor que fluye en su Iglesia. Así que debemos despertar los cristianos y saber qué está en juego.

En realidad, de lo que habla la Iglesia, o la verdad que predica reflexionando, pero también iluminada por la fe en Jesucristo, es de *colaboración activa* entre el hombre y la mujer, precisamente en el reconocimiento de la diferencia misma entre ellos. La Biblia dice claramente que el ser humano, hombre y mujer, Dios los creó a su imagen y semejanza y que los creó *hombre* y *mujer*. La humanidad es descrita, desde su primer origen, como articulada en la relación de lo femenino con lo masculino. Es esa humanidad sexuada la que se declara explícitamente «*imagen de Dios*». Cuando en el segundo relato de la creación es creado el varón es necesario que entre en relación con otro ser, la mujer, que se halle a su nivel. Solamente la mujer, creada de su misma ”carne” y envuelta en su mismo misterio, ofrece a la vida del hombre un porvenir. «*La mujer es otro* **yo** *en la* humanidad común» (*Mulieris dignitatem*, 6).

Sólo el pecado original altera el modo con que el hombre y la mujer acogen y viven la Palabra de Dios, su relación con el Creador y su misma relación recíproca. La sexualidad, que caracteriza al hombre y al mujer no sólo en el plano físico, sino también en el psicológico y espiritual, es ciertamente un

Pedimos a la Virgen que la capacidad de acogida del otro, que hombres y mujeres tenemos, así como la identidad femenina y masculina sea garantía de felicidad para nuestro tiempo, tan confuso en muchas. Vosotros, esposos cristianos, vosotros, religiosos y consagrados, cuantos vivimos las distintas vocaciones cristianas, en el matrimonio o en el celibato, mucho tenemos que aportar a nuestra sociedad. Que Ella nos ayude, cuando hoy la honramos como nuestra Patrona. Madre del Amor Hermoso, ruega por nosotros.

† Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Valladolid